

Qué le importará a una linda mocita la melancólica y dolorida amenaza:

«... aquellas que aprendieron nuestros nombres, esas, no volverán».

ni quien será el pánfilo que se moleste en amenazarla con tales sutilezas si a la vuelta de la esquina tiene otro hombre con el que formar pareja.

A qué asombrarse estremecido por «el amor que pasa» ni para qué perder el tiempo en susurrar junto al oído de la hermosa: «Poesía eres tú». ¡Qué bobadas!

No, no vamos a detenernos a exponer los males y trastornos físicos y síquicos que estos hechos acarrea; no queremos hablar de estadísticas de suicidios juveniles ni, menos, de las desviaciones sexuales que pueden tener aquí su origen. Los siquiátras lo saben muy bien porque tienen mejor abastecida cada día su consulta a expensas de tales pacientes. Pero nada de eso interesa a nuestro objeto. Entre otras cosas porque entendemos que, a mucho tardar, de modo natural ha de producirse el remedio.

Porque sucede que, a pesar de todo, Bécquer sigue cotizándose y sus versos se venden y se leen y se sienten. Conmueven todavía, aunque muchas veces se busquen a escondidas y se lean poco menos que clandestinamente para no parecer *demodé*, y todavía seducen y cautivan.

Alguien dijo que la mujer se enamora por el oído y tengo para mí que dijo con mucha verdad. Y la poesía de Bécquer tiene riquísima melodía y la tendrá siempre; como la mujer será siempre mujer, por mucho que las cosas cambien, y es claro que, aunque ahora escondido, guarda tierno y sensible, hondo y generoso un corazón nacido para el amor, no para el lupanar.

Sus gracias y encantos externos no son más que el señuelo con que Dios la adornó para procurar la atracción precisa al acercamiento. Pero el que no llega más allá de los sentidos habrá conseguido bien poco. Y habrá defraudado a su pareja por mucho que crea haberla estremecido de placer.

Bécquer tiene la aguda intuición de una misteriosa realidad oculta a los sentidos o, mejor, más allá de los sentidos, preñada de honduras y riquezas; incensario donde se queman las más aromáticas resinas de lo humano. Y adivina que allí está la felicidad. Pero para llegar a este íntimo recinto hay que dejar afuera mucho lastre, es preciso renunciar a mucho, como que hay que darse entero.



Rima

XXI

¿Qué es poesía? -dices mientras clavas
en mi pupila tu pupila azul.

¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?

Poesía... ¡ERES TÚ!

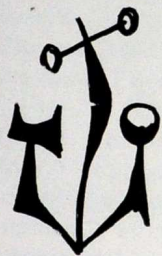
Gustavo ADOLFO BECQUER

Hoy nadie quiere renunciar a nada y, como consecuencia, nadie se aviene a dar nada. Recordemos la siniestra frase de Oscar Wilde: «¡Nada de felicidad! Lo que queremos es placer».

Bécquer lo entendió de otro modo y por eso lo cantó en poemas que perduran. En esas Rimas que, gracias a Dios, todavía deleitan y conmueven a muchos jóvenes. El descarrío de ahora no es más que eso, un confundir el camino.

Estoy seguro, vivo en la esperanza de la vuelta a los buenos senderos. Ahí están para demostrarlo los dulces ecos de los poemas becquerianos, y el que a todo provee para bien de todos.

Sí. Ya veréis cómo «amanecerá Dios y medraremos».



Muchacha muerta

(Sistema filosófico)

Un ciprés con sombra de metal.

Una vereda,

dura,

enarenada de silencio.

Una tumba

—una tarde—,

una lápida blanca

—tu nombre—,

una foto en óvalo esmaltado:

María de la Paz.

El recuerdo hecho herida

con la luz de la tarde

bajo tu nombre

—María de la Paz—

clavado en el mármol,

y tus ojos de esmalte amarillo,

heridos,

sollozantes,

en la sombra angustiada del ciprés.

Nada:

Aquella muchacha de veinte años

que yo ví una mañana de lluvia,

tosiendo,

en la antesala de un médico.

Julio CENDAL